

## LA ACADEMIA Y SUS DICCIONARIOS

Por CARLOS F. MC HALE

En Florencia tuvieron su cuna las Academias de la Lengua cuando se constituyó la **Academia della Crusca** en el siglo XVI para "ahechar y pulir la lengua italiana". A lo largo del tiempo se fueron formando cuerpos colegiados semejantes en los demás países, y todas las nuevas academias, como la primera, consideraron que su deber principal era, por decirlo así, destilar la lengua del país en alambiques académicos.

### Los lexicógrafos en las academias

Para preservar la lengua las academias publican diccionarios y gramáticas, obras que por regla general son fruto de poco esfuerzo, o por lo menos de esfuerzo retardado y esporádico. Es indudable que no puede haber buenos diccionarios sin buenos lexicógrafos y una constante labor de revisión y renovación. A las academias de la lengua llegan por rara excepción los lexicógrafos. Lo corriente es que sus miembros sean cualquier otra cosa: novelistas, poetas, periodistas, prelados, políticos, generales, médicos, etc. Todas las actividades humanas más corrientes suelen estar representadas en las academias con más facilidad que la ciencia lexicográfica y el arte de hacer diccionarios; esto a pesar de que el diccionario es la obra principal que publican, porque ella es precisamente la criba que emplean para limpiar el idioma de polvo y paja. Es decir, creen que lo limpian. La labor lexicográfica, a pesar de la enorme importancia que tiene, no es para las academias cosa de mucha entidad, considerado el conjunto de sus actividades. Mayor consideración se da a los discursos, las condecoraciones, los premios, los diplomas, las ediciones de lujo, los uniformes y demás exterioridades.

No quiere lo anterior decir que no haya nunca en el seno de las academias lexicógrafos y lexicólogos, pues a veces los hay y de verdadero mérito. La presencia en ellas de algún hombre entendido en la materia no cambia sin embargo la situación, porque los lexicógrafos por regla general tienen que pasar por las picas académicas. Si son

jóvenes y activos, querrán exigir grandes innovaciones, ya que saben que hay mucho que enmendar en el léxico; si son viejos y concedores de la vida, saben que no es posible derribar con la cabeza el académico muro de contención; comprenden que las academias dé la lengua arrastran el pesado lastre de una larga tradición y que no es posible desatar con razones los apretados nudos de los siglos. Y así anda ello!

### Un Académico Lexicógrafo

Se reconoce en el seno de las academias el saber de los entendidos en la ciencia de la derivación y significado de las palabras y en el arte de ordenarlas; pero la verdad es que esos sabios no lo pasan bien en compañía de sus colegas. Estos, por su parte, como saben que no las tienen todas consigo, recelan del saber de los lexicógrafos y andan a su lado llenos de sobresaltos y desasosiegos. Y a veces el sabio —¡oh flaquezas humanas!— se muestra soberbio y altivo en medio de la mediocricidad.

Conocido es el caso de Antoine Furetière, cuya talla académica estaba, al menos en el terreno de la lexicografía, cien pies por encima de la de sus colegas. Todos reconocían su saber, pero tanto les escocía su demostración de superioridad, que a veces vacilaban los académicos franceses en pedirle su opinión. Dícese que derrochaba el ingenio por arrobos y que era irónico y cáustico en sus críticas, que caían sobre la gravedad de los epicúreos académicos como rociadas de aceite hirviendo.

### Conjeturemos...

A manera de paréntesis conjeturemos las circunstancias y palabras de su famosa crítica a la definición que "les immortels" habían hecho de la palabra *écrevise* (camarón o cangrejo de río), que se discutía en una sesión, según corre la historia, en el momento preciso de incorporarse Furetière a la junta.

—“Ah! vous arrivez à temps, Monsieur l'Abbé” — diría uno de los congregados. “Vous allez pouvoir nous mettre d'accord sur un point en discussion. Nous ne pouvons nous entendre sur la définition du mot *écrevise*”.

—“Comment ça? Voyons, comment l'avez-vous défini?”

—“Que Monsieur le Secrétaire lise la définition” —diría el presidente.

—“Poisson rouge qui marche à reculons” —sería posiblemente lo que leyó el secretario.

De fijo que Furetière frunciría el entrecejo. Es de suponer que durante algunos segundos se encontró confuso y perplejo ante las razones que tenía para probar los puntos flojos de la definición y la ceguera de los definidores. Se rascaría tal vez el pericráneo.

—“D'abord, ce n'est pas un poisson cette petite bête: c'est un crustacé décapode; sa couleur n'est pas rouge du tout: il dévient rouge après la cuisson; et enfin, il ne marche pas seulement à reculons:

il se meut aussi bien en arrière qu'en avant. A par ça, chers confrères, votre définition est d'une précision admirable".

Es de suponer la cara que pusieron los académicos. No hubo humildad de parte de los definidores. Es ésa una virtud muy rara en este mundo. Lecciones tan severas e irónicas como ésta, tenían que poner a los aleccionados fuera de términos razonables. Algún tiempo después, cuando supieron que Furetière estaba trabajando en la compilación de un diccionario, no les fue difícil encontrar motivo para acusarlo y ponerlo por fin en la puerta de la calle.

No es extraño que después de más de dos siglos y medio siga el Diccionario de la Academia Francesa a la zaga de todos los demás y sea el hazmereír de los escritores y sabios del país.

No es fácil probar por qué son malos los diccionarios que publican las Academias de la Lengua. Para explicarlo en pocas palabras, diremos que no se atribuye en ellas a la lexicografía la importancia que se da al diccionario que publican. No se consumen en servicio de él esfuerzos constantes y duraderos. Por otra parte, es inevitable que se reflejen en dicha obra los pareceres dispares que hay en la institución.

### **Qué pasa en las Reuniones?**

Un poco de atención sobre lo que ocurre en el seno de las academias, alguna consideración sobre la manera en que en ellas se trabaja y sobre lo que se trasluce, nos permitirá formar concepto menos borroso. Imposible es dar caza a sus hondos secretos y tener entera noticia de lo que ocurre en las sesiones semanales que celebran; nos bastará tener en cuenta lo que columbramos, lo que algunos de sus miembros dicen o escriben, las noticias que recibe y publica la prensa y las confidencias de algunos de sus miembros.

En el caso de la Academia Española parece haber menos misterio, sobre todo en estos últimos años. Algo sabemos por su Boletín; uno de sus miembros más ilustres, el secretario perpetuo señor Casares, ha dado noticia al público de algunas interioridades; la última publicación de dicho instituto, **Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía**, nos permite también conocer mejor su funcionamiento.

No serán las reuniones de los jueves tan austeras y ceremoniosas como las de recepción de nuevos miembros. Estas, que están abiertas al público, son las que incitan a admiración a los mortales que no piensan, pues les hacen creer que los académicos viven en otro mundo. De seguro que en las reuniones ordinarias habrá familiaridad comentarios, secretos, guiños, risillas, de vez en cuando algún chascarrillo y posiblemente carcajada general.

A estas sesiones ordinarias asiste de tarde en tarde y por invitación especial algún prominente hombre de letras del exterior a quien se quiere honrar, y también por él nos enteramos de alguna cosa. Lo cierto es que hoy sabemos mucho más de las interioridades de las academias que en el pasado, en especial de la de Madrid.

Para algunos miembros las reuniones semanales son aburridas e insufribles, y tan poca importancia les atribuyen que no siempre hacen siquiera acto de presencia (Supongo que para percibir la dieta

será obligatorio quedarse a toda la sesión). Sabido es que Pío Baroja nunca concurre a ellas, y que la asistencia de varios otros miembros es bastante irregular.

### Las Sesiones de los Jueves

Lo más corriente es que en las sesiones ordinarias se discuta sobre las palabras que alguno de los académicos echa de menos en el Diccionario. Si es abogado, propondrá términos jurídicos, si es sacerdote, voces de teología o liturgia, y así en los demás ramos del saber. En una sesión de bastante actividad un académico aficionado a la numismática sometió a la consideración de sus colegas nueve vocablos de la ciencia de las monedas y medallas, y todas pasaron al Diccionario. Se comprenderá que en esa forma algunos ramos del saber quedan mejor atendidos que otros. Lo general es que en ninguno haya perfección. Otras veces no se discute sobre la inclusión de nuevas voces, sino simplemente de etimologías y significados o se pasa el tiempo ventilando acentos y pesando sílabas, con lo que el Diccionario se queda esperando nuevas palabras.

### Defectos del Diccionario

En el terreno de la lexicografía la Academia Española aventaja bastante a su hermana mayor; sin embargo sus diccionarios, tanto el grande como el manual, dejan mucho que desear. Las observaciones que siguen se refieren al grande, pero en buena proporción son aplicables al pequeño. Ambos han de mejorar por la enmienda y por la aplicación de los modernos principios lexicográficos.

La buena amistad que con la primera de dichas obras he tenido durante muchos años me impone la obligación de no mirar con indiferencia sus defectos: los discípulos son siempre deudores del maestro. En diversos escritos he manifestado cómo puede el docto instituto elevar de nivel su obra principal. Lo menos que de él se puede esperar es que sirva al usuario común para resolver los problemas que la lengua le presenta diariamente. Como hoy está, lo deja a menudo perplejo con sus contestaciones equívocas o falsas; sus vaguedades y caprichos le causan desazón y contrariedad; sus frecuentes omisiones lo obligan a consultar otros léxicos; el enmarañamiento de remisiones y la abundancia de variantes (muchas de las cuales pertenecen sólo al Diccionario histórico) lo fatigan y aburren. Su embolismo aleja de él a quienes más necesitan de guía y consejo en el uso del idioma. En rigor, el Diccionario padece de desmadejamiento crónico.

Pero los males, aunque sean crónicos, pueden alcanzar alivio si los facultativos que cuidan del enfermo ponen verdadero empeño en medicinarlos. Ahora visitan con más frecuencia al paciente y eso es muy alentador para quienes observamos el curso de la enfermedad. Efectivamente, en lo que va corrido de siglo pocas veces ha demostrado la Academia tanta actividad como en el presente, y por eso es oportuno hacer nuevas apelaciones.

Prueba de esa mayor actividad vemos en las recientes deci-

siones en cosas de prosodia y ortografía. Desgraciadamente parece que las medidas no se toman siempre tras debida meditación. Nos parece que las **Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía** son buena prueba de la energía activa que hay ahora en la institución; pero que no se meditaron suficientemente las decisiones. No habría sido más lógico adoptarlas escalonadamente sin producir tanto alboroto? Esto sin considerar que algunas de ellas son discutibles.

Y es curioso que esa loable actividad se deba precisamente a la iniciativa de los académicos que entienden de lexicografía, filología, etc., otra prueba de que las cosas académicas marchan mejor en España que en Francia. Ojalá se guíe siempre la ilustre corporación por lo que acerca de las cosas del Diccionario dice su sabio director, y ¡quiera el cielo impedir que los académicos no lexicógrafos ni lexicólogos atajen las iniciativas de los entendidos en esas disciplinas!

### Absit invidia

A pesar de sus defectos el Diccionario oficial tiene el gran mérito de ser el vergel a que siempre acuden las abejas lexicográficas. Precisamente a causa de su generosidad y resignación se ha quedado zaguera la Academia en lexicografía. La indiferencia con que ha mirado los colmenares de fuera es en parte la madre del cordero. Podría probarlo señalando los errores cometidos por ella que han pasado a varias obras de fuera con acusadora fidelidad. Curioso sería saber lo que de esta realidad se piensa en la docta casa.

Pensamos, pues, que es muy buena ocasión ésta, en que se trabaja más asiduamente en la Academia, para concentrar y purificar la miel que de sus propias flores se ha producido fuera. No sería cuestión de meterse en los colmenares sin careta, sino de observar, corregir, retener lo propio que es bueno y mejorar lo ajeno. De fijo que habría que abandonar la forma floja y esporádica en que se vienen haciendo las cosas y poner manos a ellas metódica y seriamente con personal idóneo.

He aquí los principales puntos que la Academia tendría que considerar para poner su Diccionario a la altura que esperamos:

### Algunas Mejoras

- 1) Ordenar sistemáticamente las acepciones, que hoy parecen colocadas al tuntún;
- 2) Incorporar las voces de uso corriente que faltan, para lo cual bastaría observar los demás léxicos;
- 3) Dar forma castellana a una infinidad de términos científicos que se pueden tomar principalmente de los diccionarios ingleses;
- 4) Corregir las definiciones y evitar la verborrea;
- 5) Omitir las voces, acepciones, frases, etc., que por peliagudas o groseras no deben aparecer en un diccionario selectivo (esto lo pruebo, creo que concluyente, en escrito separado);

- 6) Indicar la sinonimia, por lo menos en los casos más útiles;
- 7) Incluir las numerosas etimologías que faltan, sobre todo aquellas que no ofrecen duda;
- 8) Abordar seriamente el problema de los americanismos, en el cual las academias correspondientes deben asumir la debida responsabilidad;
- 9) Hacer las pertinentes observaciones sobre el régimen, con buenos ejemplos tomados de los mejores literatos modernos;
- 10) Indicar los plurales anómalos;
- 11) Anotar después de los infinitivos las desinencias irregulares que tengan;
- 12) Aligerar la obra descargándola del enorme peso muerto que tiene: las voces de germanía (también trato este punto por separado), las variantes desusadas, las arcaísmos, los localismos, los refranes (por lo menos los ridículos e impropios), etc.

Tal como hoy está el léxico oficial, no pasa de ser el repertorio de una lengua literaria algo anticuada y artificial. En él encontramos muchísimo que de nada nos sirve y echamos de menos buena parte del castellano culto que actualmente se habla en la Península y en los vastos territorios conquistados y colonizados por España. Mejoras como las que indicamos aumentarían enormemente el valor de los diccionarios académicos. El grande no sería desdeñado por un sector considerable del grupo social de mayor cultura; el manual podría así ser frecuentado por la gente más necesitada de guía y disciplina idiomática, que hoy se queda las más de las veces en ayunas cuando lo abre. La Academia obraría así milagros en la cultura idiomática general.

#### “Limpia, f...”

Todo lo que en los dos diccionarios sobra, principalmente en el mayor, debe pasar al léxico histórico o total que la Academia tiene en preparación. No por haber mencionado ese punto en último término, es el menos importante. Al contrario, es un medio muy práctico y eficaz para disminuir el tamaño y peso de esas obras, y por ende su precio, poniéndolas así al alcance de un mayor número de personas. Si hasta los hombres de letras las encuentran hoy pesadas e indigestas, fácil es imaginar cuál será el sentir del vulgo.

Refiriéndose a las voces que sobran, punto en que he insistido en diversas ocasiones, ha dicho el gracioso ironista Ramón Gómez de la Serna:

“Yo me imagino a los probos académicos plegándose amablemente a esta razonable indicación (la de limpiar el Diccionario de todo lo oneroso que lleva a costas) colocados todos en fila en la balastrada del estanque del Retiro, sacándose de las faltriqueras sendos puñados de palabras inútiles y arrojándoselas poquito a poco a los peces de colores”.